

profesionales cantaba el *Mesías* de Handel en Clothier Memorial, auditorio de Swarthmore. Tuvimos la poca feliz idea de ir a la función. El tequila hizo que por primera vez el crujir de la nieve bajo mis pies me pareciera agradable. En el camino hicimos bolas de nieve y nos apedreamos con ellas. Marguerit, Auden y yo llegamos al concierto demasiado tarde, sacudiéndonos la nieve. La impresión que causamos no fue grata. Entonces supe que yo de veras no me avendría con

Swarthmore, ni Marguerit ni Auden. Los tres hemos salido de allá, afortunadamente. Auden fue el primero, luego yo y finalmente Marguerit, que en México trabajó gran amistad con César Moro, entrañable amigo y gran poeta, sin hipérbole, cuya pérdida lamentaré hasta el día de mi muerte. Después Marguerit se fue a morir a su amada Francia. Auden, como poeta norteamericano, ya sabemos, ocupa hoy el sitio más elevado entre los poetas libres bajo palabra.

las charcas se ingenian para estar siempre bajo los pies de los transeúntes.

Las sábanas viejas se multiplican por milagro en pañuelos de barrio pobre. El catarro es la enfermedad crónica de los pesimistas. El catarroso todo lo encuentra ajado y marchito, es ciego a los aromas, le falta olfato para captar la belleza del mundo, y a su paso deja un hálito de botica que envenena la felicidad de la gente. No inspira lástima, parece que se enferma de propósito, sólo para fastidiar a los sanos y echarles en cara su salud. Se le mira como a escapado de un depósito de cadáveres.

El hombre queda sitiado en su habitación, extraño al universo, como en un arca de Noé. Las lluvias lo vuelven cada vez más pacífico, más resignado con su suerte y nostálgico de su prehistoria. Ya ha rescatado del oscuro rincón a la bufanda, ese recurso supremo contra los embates del frío, esa serpiente que se enroscaba amorosa al cuello con ademán paradisiaco, tentando a devorar las manzanas prohibidas. Por esto las mujeres rubias del otoño desconfían tanto de los que usan bufanda.

El mexicano es un romántico que vive en contumaz consonancia con el clima y el paisaje. Elige noviembre para rendir culto a los fieles difuntos.

La quietud habitual de los cementerios es invadida por una turba de sombras enlutadas: son los vivos que llegan a visitar sus muertos. Los que están bajo tierra se muestran indiferentes a esas manifestaciones de amistad; pero esto no desanima a los visitantes que continúan la fiesta sin guardar resentimiento. A los difuntos se les perdona todo.

Los más entusiastas y adictos a la ortodoxia del culto colocan ofrendas sobre las tumbas: comidas, incienso, tabaco y pulque; pero la mayoría se limita a ofrecer libaciones en honor de los que se marcharon, y se embriagan con sus propias lágrimas entre el trompeteo del catarro.

¡Ay del que elija para morir un dos de noviembre, su entierro se verá confundido con una romería!

Los mismos casamientos que se celebran este día tienen un sabor anticipado de funeral, en el velo de la novia hay tonos amarillos de mortaja.

El alcohol agudiza el desamparo de las viudas, y muchas veces claudican sobre

## CRONICA PESIMISTA

**E**STAMOS en noviembre, el año declina hacia su ocaso: la estación impone el abrazo estrecho y los abrigos. El adolescente, eterno aprendiz de poeta, compara sin remedio el oro de las hojas muertas con la rubia melena de la amada. Es tiempo de sacar el abrigo del letargo en que yacía sumido entre la naftalina, en adelante unas bolitas blancas rodarán por los rincones del ropero, como fantasmáticas de una niñez nonata.

Noviembre es un estado de ánimo pesimista.

El cielo se nubla y pone un acento de perpetua melancolía en el Valle de México. Hay lloviznas de una fría sutileza y de una constancia tan vasta que calofrían el ánimo más optimista. Los niños sueñan charcas, mares como espejo, aguas mansas, y se orinan en la cama.

Noviembre predispone al nihilismo.

La neblina con su aliento maternal, blando y envolvente, desdibuja el perfil duro de las cosas, torna más amable y muelle el panorama cotidiano. La lluvia confiere una nota de intimidad a los cristales de las ventanas, descorre cortinillas ideales entre el hombre y el mundo.

En el sur el hombre suspira por las chimeneas del norte. Las veladas se alargan. Hay tiempo para gozar y sufrir la agonía de cada minuto. El frío y la lluvia recluyen al ciudadano en sus habitaciones, lo obligan a romper con la rutina canallesca y multitudinaria, cambia el cine y el café por los libros que se prometió leer y las cartas que esperan contestación hace mucho, o cualquier otra ocupación puertas adentro, tan inútil como placentera. En estas veladas se descubre el gran valor de lo inútil.

Llueve, llueve, y el agua reblandece el ánimo más rebelde e inquieto. El agua invita a la quietud, a la meditación, a la entrega confiada, tiene mucho de maternal. La llovizna adormece como canción de cuna, y despierta un anhelo de paz perpetua, de desandar la vida y perderse en los orígenes pluviosos de la creación, cuando los hombres eran tritones y las mujeres sirenas.

Noviembre es el penúltimo mes del año: demasiado pronto y demasiado tarde para forjar ilusiones.

Noviembre es el balance que saca a luz la bancarota de la vida. En diciembre la gente podrá planear una nueva existencia para el año próximo; pero noviembre es punto muerto, demuestra que la vida no suma lo vivido, sino que de continuo resta frescura a la luna del espejo. Ya es casi irremediable la pérdida del año, y no hay el consuelo del fatalista "ni modo" de diciembre, ni el optimismo a plazo indefinido del año próximo.

## DE NOVIEMBRE

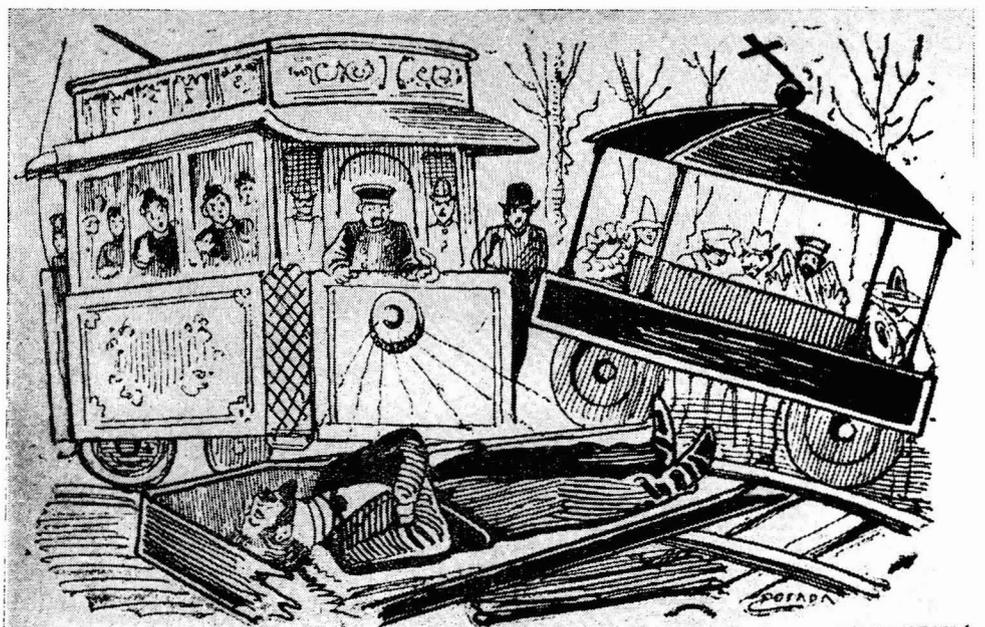
Por Carlos VALDES

Grabados de José Guadalupe POSADA

El frío arrecia. La tos con sus nudillos descarnados pero enérgicos llama a la puerta de todos aquellos que se acercan al otoño. Los aires colados descargan sobre la espalda golpes de encrucijada, y



"país de armas literarias"



"funeral de la galantería"

la tumba misma del amado. Como existe una devoción por los muertos hay otra por las viudas, poseen el encanto de lo ajeno sin tener propietario, además este día todas las mujeres tienen algo de viudez inconsolable que urge consolar. El luto ya es en sí una indirecta al sentimiento de caballeridad.

El culto a los muertos es rito complicado y de amplias repercusiones, involucra desde la manufactura del pan hasta la sátira de pulquería. Invade el ámbito total de la vida, todos participan en él sin excepción, desde el niño de pecho hasta el anciano que pronto recibirá el mismo culto que tributa. No es un despilfarro sino un capital que ahorra, cuando muera del fondo común se le reembolsará el incienso que gastó en vida: hoy perdona a sus deudores y mañana todo se le perdonará.

Los padrenuestros y las avemarías menden como llovizna sobre las almas del purgatorio.

El mexicano es iniciado desde muy temprana edad en el culto mortuorio. Al niño se le enseña a devorar la muerte como si fuera un confite, los cráneos de azúcar constituyen el postre obligado del mes, y el pan es de muertos. Las panaderías protegen sus productos bajo la insignia pirata: el consabido cráneo y las tibias cruzadas. Es la patente de corso que expide noviembre.

A los amigos se les puede invitar a la meditación piadosa y a la glotonería con la dádiva de un cráneo de azúcar con luminosas cuencas de papel de estaño, en cuya frente va inscrito el nombre que el agraciado tuvo en vida. En este amable canibalismo se consume el ideal de reunirse con los antepasados.

La primera lección que recibe el mexicano es que debe jugar con la muerte: para morir nacimos.

El mexicano revela su genio fúnebre en la juguetería. En noviembre todos los juguetes se descarnan hasta quedar en puros huesos. Las muertes temblonas comunican su temblor de risa a los niños que se divierten con el pequeño féretro del que surge es esqueleto sorprendente. La muerte es la caja de sorpresas del mexicano. Todo el mundo de la juguetería queda en huesos, pero por no sé qué razón oculta, los favoritos son las cuadrillas de toreros, las comitivas matrimoniales y las bandas de músicos, a falta de ropa y carnes se les identifica por los instrumentos que usan, los sombreros delatan su categoría social.

En todo México se desata una rechifla general contra la muerte personificada en el esqueleto. El hombre se defiende de la muerte con la burla, el sentido del humor lo salva de estrellarse la cabeza contra el muro calvo del cementerio. Coquetear con la muerte tiene sus encantos: se familiariza uno con ella, se le pierde el miedo, en fin se vive con más confianza. Se va a su encuentro con el corazón palpitante, como si fuera una querida amistad que se ha entablado por correspondencia.

El enigma del mexicano gira en torno de su concepto sobre la muerte, en su sentimiento antagónico de total reverencia y burla despiadada hacia la muerte. En México el hombre necesita morir para que se le reconozcan sus méritos y obtener la absolución plenaria de sus pecados. El único prestigio sólido es el de la muerte.



"para morir nacimos"



"meditación piadosa y glotonería"

El pueblo no necesita del suicidio, en cada esquina encuentra un duelo que se despidе o que se inicia, en cada mirada un reto amoroso o trágico. Todos los caminos de México conducen al mar, el viajero no puede perderse, a cada paso halla una cruz piadosa que le espera con los brazos abiertos y le señala el rumbo indefectible.

México es un país de armas literarias, armas de doble filo que insultan y matan a la vez, en cada puñal y machete hay una inscripción dantesca que con humor macabro invita a la desesperanza: "Los he de hacer a mi ley", o "Cuando esta víbora pica no hay remedio en la botica".

Uno de los encantos de noviembre es la impunidad que ofrecen las "calaveras", en las que se asocian el dibujo y la poesía para satirizar a todo aquel que se distinga; pero las "calaveras" al mismo tiempo poseen el veneno y el antídoto del ostracismo, pues si condenan a muerte prematura también confieren la inmortalidad.

El pueblo al lado del altar mayor de la muerte levanta una capilla al erotismo. Se trata de la sensualidad fúnebre y trotaconventos de don Juan Tenorio. En México fue donde inauguró su retórica amorosa, y desde el siglo pasado se le sigue representando sin interrupción durante noviembre, ya es un elemento imprescindible del culto.

El don Juan es un funeral de la galantería, si primero la exalta a su máximo luego la condena, como arrojándola por

(Pasa a la pág. 32)

# JEAN CASSOU

Por Elena PONIATOWSKA

"Si el Guadalquivir y el Sena,  
se hablan borrachos, de tú,  
llévame viento andaluz  
a casa de Jean Cassou".

Así decía Rafael Alberti, gran amigo juvenil de Jean Cassou, para corresponder al amor que este francés universal sentía por todas las cosas de España. Afortunadamente para nosotros, Cassou ha extendido la mirada de su afecto y de su inteligencia a los pueblos de América que nacieron bajo el designio de España, y ha traído a México una importante exposición de Arte Francés.

Antes de transcribir mi conversación con Jean Cassou quiero recordar algunas de las palabras que dijo ante el público reunido en el IFAL, porque señalan con precisión y claridad uno de los aspectos críticos de la cultura contemporánea.

"Uno de los rasgos que me parecen más característicos de la crisis espiritual del mundo actual es la baja que está sufriendo, entre todos los valores espirituales, el AMOR. Si considero, como lo hice en mi conferencia, la lista de los autores que tienen en este momento una influencia predominante o están de moda, encuentro entre ellos un común denominador, y es que todos son enemigos

del amor —o que todos sufren la falta de amor. Por ejemplo, Gide, Kierkegaard, Kafka, Lautréamont, Rimbaud, Sade. Es inútil decir que todos son genios admirables, pero esa reunión de genios directores constituye una especie de cuadro clínico que señala el descenso de la noción de amor en la tabla de los valores actuales, y esa baja se debe a una indeterminación personal. Para mí el gran problema es el de la *determinación personal* en todos los dominios: político, ideológico, artístico, moral y sexual. Las filosofías de la indeterminación —de la ambigüedad y del equívoco—, son características de nuestro siglo. En política, hemos visto durante la ocupación erigirse la doctrina y la práctica, del doble juego, y por otra parte el totalitarismo es la negación completa de la reflexión, de la convicción y de la decisión personal".

Sería absolutamente inútil dar el extenso "Curriculum Vitae" del Director del Museo de Arte Moderno en París, ya que Raquel Tibol presentó todos los datos habidos y por haber en su "espléndida entrevista" (según el término que empleó el propio Cassou), en el Suplemento Cultural de Novedades.

Sin embargo, además de ser uno de los críticos más autorizados, Jean Cassou es, también, un creador como lo prueba su

# CRONICA PESIMISTA DE NOVIEMBRE

(Viene de la pág. 22)

el alto despeñadero de la vanidad. Es una lección estoica: el amor al nacer ya trae en sí el germen de su destrucción. Más censurable que su cursilería, pecado venial de todos los amantes, es su fin de zarzuela: y fueron felices.

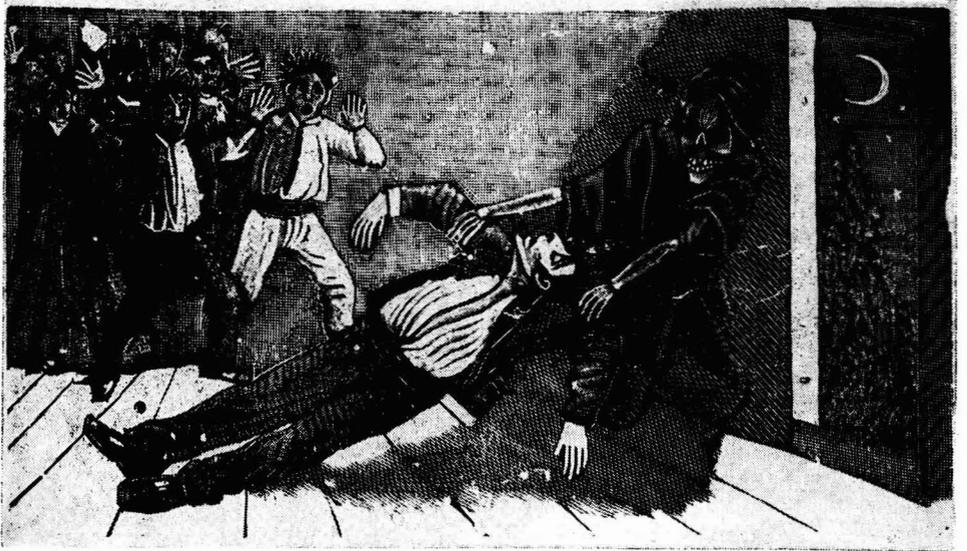
Su popularidad se explica por sí misma, hay en la pieza elementos típicos del culto. Don Juan agasaja e invita a cenar a los muertos, después los insulta y reta: al mismo tiempo la sujeción absoluta a lo sagrado y el sacrilegio, es como el niño que pone el coco y luego se asusta. El espectador ingenuo del don Juan, como el Dante, con un redoblado placer estético sube al cielo y baja a los infiernos.

El pueblo continúa rindiendo honores a este sobreviviente, espantajo casi único de la escuela romántica, a pesar de la opinión de la crítica, y a la larga el populacho demuestra muchas veces tener mejor gusto que los críticos.

El mexicano sólo un mes le rinde culto público a don Juan, pero el resto del año lo incensa en privado. Como el pueblo siempre está más cerca de la muerte que de la vida, es un imaginativo furioso, gusta de los grandes fuegos de artificio de la fantasía, y va de un lugar a otro, inconstante, temiendo siempre llegar tarde, aunque no falta nunca a la última cita.

Noviembre le rinde homenaje a la fatalidad: es la fiesta de lo inevitable, el placer escalofriante de contemplar la caída de las hojas, en árboles y calendarios es evidente la desnudez. El espejo año con año presagia un eclipse total de arrugas y ceniza.

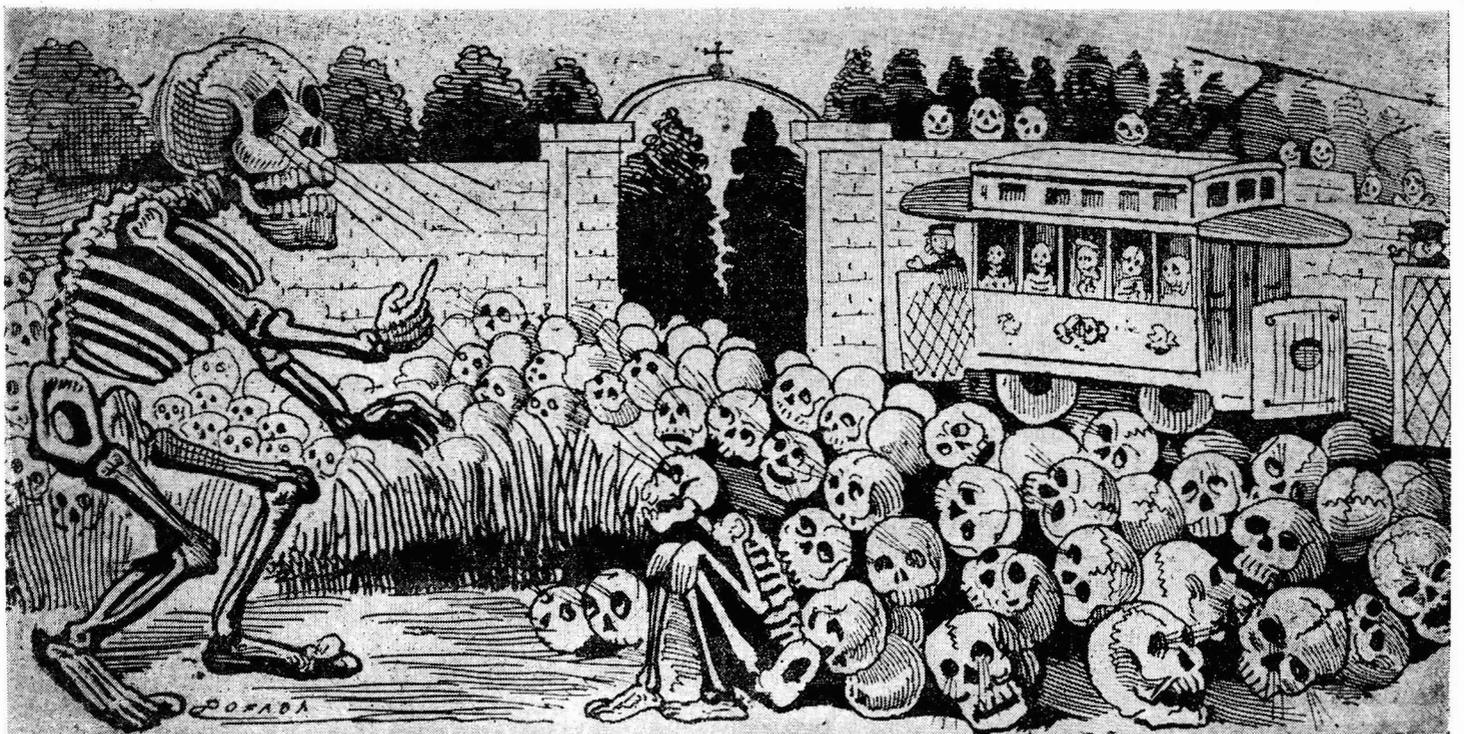
El pueblo sabe que ni un mar de lágrimas puede borrar una sólo línea escrita en la palma de la mano. El único consuelo posible es celebrar por anticipado los propios funerales en el recuerdo de los demás. Los muertos como actrices pudorosas permanecen en sus severos camerinos, sus adoradores hacen la ronda por los senderos bordeados de cruces y coronas galantes, y esto les sirve para olvidar que un día, a su vez, también serán cortejados.



"sentimiento antagónico de total reverencia y burla despiadada"



"la fiesta de lo inevitable"



"los grandes fuegos de artificio de la fantasía"